

calicanto

revista de creación literaria



segunda época. otoño-invierno-2025

39



calicanto

revista de creación literaria fundada en 1996 por Antonio García de Dionisio

Edita:
Grupo Literario Azuer
c/ Veracruz, 20. 13200 Manzanares (Ciudad Real)

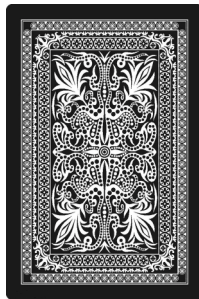
Director:
Teo Serna

Miembros del Grupo Literario Azuer y consejo de redacción:

Antonio García de Dionisio
Cristóbal López de la Manzanara
Manuel Gallego Arroyo
Manuel Laespada Vizcaíno
Teo Serna

ISSN: 1138-6975

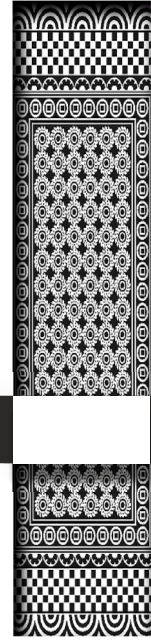
D.L.: C.R. 388-96



Las opiniones vertidas en esta revista son responsabilidad de sus autores.
Todos los textos publicados son inéditos.
No se mantendrá correspondencia sobre los originales recibidos y no solicitados.



nicia



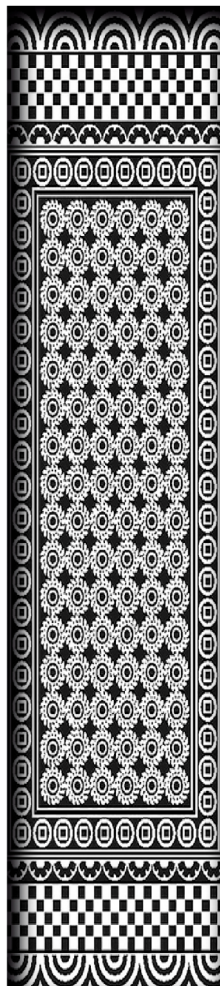
Confieso que no me he detenido demasiado en reflexionar sobre lo que significa la Poesía o, al menos, para organizar un discurso coherente que, incluso, me convenza... La Poesía habita el lenguaje; es decir, cualquier cosa puede ser desvelada poéticamente, cualquier asunto es digno de un poema. La diferencia con otro modo escritural radica en el uso distinto de la palabra, en la creación de una *criatura verbal* (me creía un aventajado vástago de Blanchot)... Bien, esto opinaba cuando, juvenil y pedante y arrogante, alimentaba la obsesión de nombrar el mundo por primera vez... Ahora matizo: la emoción, necesariamente, ha de sostener a la *criatura*, la emoción que sea, pero que sea temblor. Matizo aún más: esa diferencia que antes citaba no surge sino de la propia necesidad de escribir, humildemente personal, constante pulsión que apenas ha variado a pesar del tiempo transcurrido. Lejos de cualquier intención estética llena de originalidad formal pero vacía de sangre, de latido. Y, contradiciéndome, tratar de no desvelar el misterio de la cosa contada. Alcanzar a sugerir, insinuar su presencia, como cuando se tapa un regalo con un precioso paño que oculta y a la vez da forma a lo ocultado...

(es)

P.R.M.A.
B B M V



7 citas de *Despacio el mundo*, de Ramón Andrés¹



Llegar no significa culminar, sino haber aceptado la necesidad de comprender por dónde transitamos y qué nos ha llevado a hacerlo.

La caída no es más que una melancolía de las alturas.

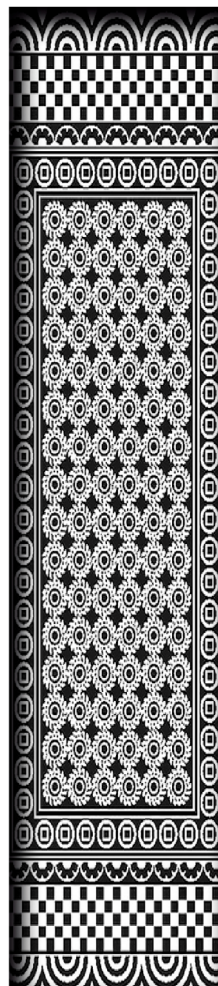
Qué nos dice un cuerpo; qué una ventana; qué el color de la tarde.

La pureza, en los trabajos del arte, es una destilación de mil lenguas. Se es original porque se viene del origen.

El tiempo tiende a alisar el pasado, a crear mundos sin nombre, que los creemos de la muerte, pero no lo son. Si uno de estos descendidos del ayer sirve para calentarnos el corazón, no ha existido en vano. Cada puesta de sol dona una herencia.

El trigo crece más lento que el hambre.

Una cuerda que resuena afinada no tanto expande como recoge, no tanto emite como incluye.

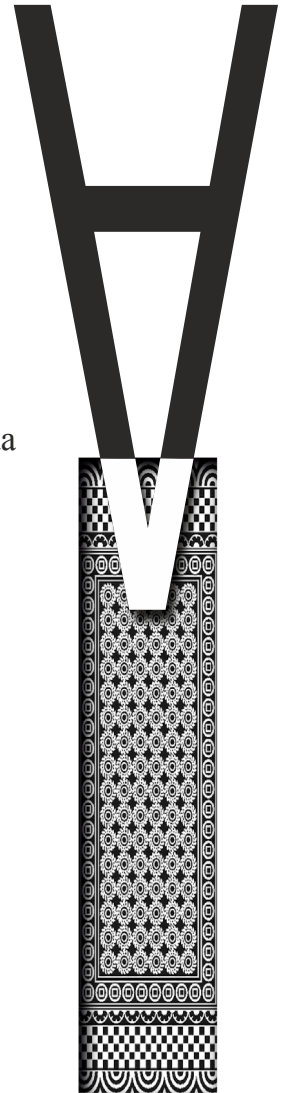


¹ Editorial Acanalado. Barcelona, 2024.





Poesía



- Amalia Iglesias Serna
- Ana Ares
- Andrés García Cerdán
- Ángel Cerviño
- Ángela Serna
- Ángeles Mora
- César Rodríguez de Sepúlveda
- Enrique Villagrasa
- Federico Gallego Ripoll
- Javier del Prado Biezma
- Jordi Doce
- Jorge Camacho Cordón
- José Corredor Matheos
- Juan Pablo Zapater
- Luis Muñoz
- Óscar Alonso Pardo
- Pedro López Lara
- Sergio García Zamora
- Sergio Mayor Cáceres
- Susana Benet
- Valentín Carcelén

CÁNTICO EN CASTILLA (Fragmento)

30. Con tu mano a tientas
dibujas el tiempo
detenido en mi rostro,
la lámpara que enciendes
detrás de cada noche velará nuestro invierno.

31. Por los dorados cerros
donde la vida basta
vendrá la vieja savia
y alumbrará de nuevo
las semillas maduras.

32. Cuando el futuro ya no sea
la tierra que agoniza
y no quede más dolor
a los tendones del paisaje
regresarán sus voces.

33. Y ha de llegar el tiempo
de retirar escombros,
las flores de la nieve
crecerán bulliciosas,
lejos de los sudarios.

34. Retamas amarillas, campos, sierras,
sembrados y zarzales
en su quietud de abismo,
en el nido del aire
vibra el alma encendida.

.../...

35. Avanzas entre rejas y escorzos
más allá de las cumbres,
en valles solitarios donde la sed espera,
persigues tus deseos
en los brezos del alba.

36. Encrucijadas, cruces, senderos despoblados,
nudos que el olvido no deshace,
moradas de la serenidad,
campo a través,
para llevar tus pies a la espesura.

37. La luz magnetizada
de un mar que se retira
y deja a la intemperie su cicatriz de sal,
el paisaje aturdido
de esperarte.

38. Esparto, rafia, cáñamo crudo,
pero en su rastro crece
de nuevo la hierba joven,
y aventará más versos
de luz en nuestras sienes.

39. Donde el mar se hace tierra
y escamas del poniente
vendrá la dulce sed de tus labios abiertos
a sembrar en mis labios
una estación entera.

40. Allí donde la hierba desemboca en secreto
me escribirán tus ojos
cada nueva mirada
y nunca será siempre
después de haberte amado.

GOOGLE MAPS FOTOGRAFÍA A UNOS NIÑOS EN IDLIB

Bailan descalzos en las azoteas. Aguardan
prodigios del destino
y algo de sol apunta en la melaza en flor de sus rodillas,
que los niños son niños
y el día los bendice
como a las amapolas.

Adiestran las bombillas en seducir insectos,
aprenden la canción de las habitaciones sin ventana
y un afán de convento escala sus cornisas.
Porque la luz se curva, se hace añicos
sobre los que se atreven a la calle
aunque se orillen, huyan, la abandonen
sin otra vocación que su siguiente paso.

Hoy, los pies inocentes no rozarán el suelo.
No queda tiza para una rayuela
ni desuellan la palma en los columpios
los niños buceadores
de tesoros preciosos
entre escombros.

Eso, en televisión, debe de ser la vida. Lo distinguen,
entienden que lo suyo debe ser un preámbulo,
aunque los niños sean como los niños son.
Y la canela rancia, en la despensa
irradia para ellos
su poco de ternura
sin caducar, resiste
junto a alguna canción pueril sobre las flores.
A madera de balsa ungida en leche,
así huelen los niños.

Desde hace días juegan
a que son abducidos por los extraterrestres
y escriben en el suelo la palabra RESCATE.

NEW POLITICS

Procurar que rebose la basura.
Si no hay basura, inventarla.
Procurar que sea variada: insultos,
mentiras, restos de tragedia, folios
tritutados, sobornos, petroleras,
corrupción, esnobismo, indolencia.
Intentar que todo se mezcle allí,
que, explosivamente, se desintegre
en el interior de los corazones,
en el fondo de los contenedores.
Es nuestra información la que fermenta.
Desayunar la peste, lo podrido.
Atravesar un par de ideas dañinas
gratuitamente, en primera página,
ejercer la sodomía política.
No dar respiro a la verdad.
Defender al que roba impunemente.
No dar respiro a la decencia.
Insultar la sensibilidad, la cultura.
Fomentar el enfrentamiento.
Falsear los datos. Reventar de gusto.
Después abrir la cuenta en facebook
y eyacular en público el despojo,
recibir el aplauso de las ratas.

Ángel Cerviño

LABIA #2

perro ladrador / a pedradas
notación de danza / sueño ligero
del crupier-ventrílocuo (en noches alternas)
hace voces / distrae a los pretendientes
extraterritorialidad a sabiendas / tus apartes
vienen sin tablas de equivalencias

aquello fue un encharcarse de pega
otra prueba de resistencia / ahora la calma arrecia
los conjuros de mis suertes
por lo bajini / sí que prenden

trampas atrapa palabras / meten los perros en danza
agitan la enramada / si se tiene
un poquito de suerte / ¡y se cierra la boca! / el garbeo
concluirá / sin mirada a cámara

en el porche / el arbolillo de no mirarte
estornuda en dialecto la mañana / embozada y nunca harta
desanda umbrales / a mediodía se va por las ramas

voluntariosa / la lujuria
no sabe leer ni escribir / pero cuida el vaho del espejo

disimula mi animal / cáliz involuntario / ensaya
para el entreacto / traspuesto a medias
hace las señas / maquilla el rostro de su amigo imaginario
¡qué poco realista esta tarde!

hago el ridículo en sueños / me engatusa el de la puerta
apuesto las pagas extras a comisuras desiguales
me ocupo de lo borrado / sigo allí irrazonable / a flor de labio
primor de estambre / (afuera continúa el casting)

.../...

Ángel Cerviño

cordura o modorra / ahí comienzan las discusiones
los solteros caminan entre líneas / aprenden a llegar despacio
hacen un buen uso de la fatalidad / convidan
a esconderse (su especialidad) / amagan coreografías ermitañas
al despertar / dormidos parecían más convencidos

informe de salpicaduras / si la lluvia en ese muro
los andurriales meciera / gota a gota olfatea el descampado
os pide que améis en otra lengua / no en balde
tanta frescura / a bocanadas / el cercado hace su herbario
carraspea para todos / el tomillo / si hablara

es el hambre de los ascetas / dejadle hablar / su irse
renqueando / dio a luz la nube para clarear / el gorrión soltó la rama
por fatiga de santidad / abreva la atención sus nieblas
roe su herencia el musgo / párvulos jazmines se descalzan
como neologismos / en el círculo vicioso del estanque
acróbatas de monasterio / caminan sobre el agua de las fuentes

aún respira ese altar / desde la cuna / en epicúreos prados
peregrinabas por un malentendido / ¿son odres nuevos?
ahora el barro se sacude las plumas / no te creas que amansa
entre las piernas / pliegue / ¿hay tantos? / descríbelo
piedra sobre piedra / la aldea abrazada a su invierno / dale tiempo
no se entiende tanta humildad sin esa calma

se reconoce a las musas por la sal en las pestañas
curativa como saliva de madre / con sus cajas de herramientas
calculan la tenacidad del éxtasis / un decir interino
(ni hay renuncia) / considera los pros y contras de la resurrección
¿tras tanta claridad qué se esconde? / mansos aúnan
ojos rojos / como liebres / hasta que se haga tarde / o equivocarse
todo oídos comparecen / derrochadores de esperma
maquinadores de modales y acertijos / inventores del no y el cero

solución: pedir prestado lo geométrico y colorear

¿Y AHORA?
(leyendo a L.G.)

VII

Pensando en los cerezos
en silencio, caía la noche.

Cuando era joven
solía ver salir la luna.

¿De dónde venía la música?

Ante mi puerta, la oscuridad.

No supe qué decir.
Me he dado por vencida.

En lo alto,
se amontonan las estrellas.
A veces me tiembla la voz.

XIV

Es lógico,
pero había aprendido.

La indiferencia
resultaba entonces
sumamente relajante:
una intimidad
parecida a un bosque.

Desde el alfeizar,
veía el mundo exterior.

A veces
me tiembla la voz.

CANCIÓN SIN FEELING

Dicen mío y lo llaman propiedad
(Rainer Maria Rilke)

Vivimos en el castillo de las verdades
rotas, es decir,
en la sola posibilidad de decir
mentiras:
tú, yo, la libertad
debida.
Sombras a las que ni la noche
ni el día pertenecen.

Nadie parece esperar nada
ni yo espero la lluvia.
Pero sigue la hierba creciendo en el invierno.

César Rodríguez de Sepúlveda

LA MUERTE EN EL JARDÍN

The Godfather

La tuvo siempre cerca. La sentía,
terca como una sombra,
a su lado: el perfume
agrio de las naranjas de su infancia.

No lo vino a buscar como a los héroes
en el turbio esplendor
del combate.

Lo perdonó mil veces.

Le
concedió
la apacible vejez
que rara vez conocen los guerreros.

Y lo vino a buscar en el jardín,
jugando a ser un niño
que juega a ser un monstruo.

Lo derribó y cayeron
a la vez
el héroe, el niño, el monstruo,
porque eran solo uno, un hombre viejo,
olvidado de todo,
que corría detrás
de su nieto,
en la tranquilidad de su jardín,
muy lejos de la sangre y las batallas.

Y habló la Muerte: «Vito, ya es la hora».
Y respiró otra vez aquel perfume
agrio de las naranjas de su infancia.

TU GUERRA Y LAMÍA

A Marina Heredia y Antonio Pérez Lasheras

Poesía en tiempo
de guerra.

Ruinas en tiempo
de ausencia
de poesía, de crítica,
de lectura.

Versos en lugar de militares.
Títulos para los poemas.
No para las personas.

Personas en lugar de ruinas y hambre.
Las ruinas no nombran, las personas
sí. Al otro lado pasan hambre y frío.
La guerra da nombre al hambre:
sus ruinas y soledad: dictan el nombre.

Es justo y necesario
tener paciencia ante la copa de vino
que ya tu mano no escancia.
Se inquietó el paisaje: no soñó nada.

Federico Gallego Ripoll

Federico Gallego Ripoll

(DOS POEMAS CON PÁJARO)

1

HAY que saber parar cuando se abraza
un cuerpo.

A veces se trasroscas
el amor. Aprietas, guías, giras,
insistes con ahínco,
pero
se ha disipado la fuerza que sostuvo
unido aquel tornillo a la madera,
al cuerpo,
a la memoria.

Si le dieras la vuelta, aun con cuidado,
verías cómo cae el amor
a plomo,
como un pájaro muerto.

2

¿QUÉ prisa tiene, el tiempo, de perdernos?

Aquíetese, señor, no se apesadumbe.
No se le agosta, no, a la tierra abatida
el deseo de abrir huecos amables
donde quepan, cuidadas, las raíces,
ni al aire, aún, lugar para las ramas
(para su impulso, sí, para su altura).
Espere un día más, una hora más,
que ya viene de vuelo el alma, amor, señor,
el alma aquella (¿acaso no recuerda?)
que supo hacer del pájaro envoltura.

FINAL DE TRANCO

Al final, todo se disuelve;
tu jardín de conceptos
trazado con la perfección del tiralíneas
mental que has heredado.

El universo imaginario
creado a zambombazos de emociones,
arboledas, barrancas,
el mar, el mar, el mar
y la loma del monte
sembrada de gencianas
que tú fuiste regando con tus sílabas.

La catedral que día a día
alzabas por las calles y las aulas
y sonaban las músicas de todas las edades,
pues archivaste el mundo
según lo ibas amando y poseyendo
en anaqueles con olor a sándalo y olivo.

Y ahora ese Big Bang que invierte el mundo,
de imposible lectura,
enredada mi mente
en la lucha final de las ondas gravitacionales.

Y me he quedado en medio
de una trinidad de escombros
con sólo un verso, libre de sospecha,
en cada mano.

[Como la copa...]

Como la copa de cristal
que se inclina sobre los labios
y captura de pronto
la luz,
la toma para sí,
este cuerpo tendido sobre el césped
se mueve, se remueve
sintiendo la creciente
temperatura de la tierra.
Sequedad, humedad, son ínfimas
gradaciones
que la piel verifica con destreza,
estaciones de paso
en el viaje de la restitución.
Y el sol que va llenando
las venas, este sol de media tarde
que te crece por dentro
como un fruto,
no deja espacio para más
—y no te importa.
Aceptarás la tregua
que se te ofrece.
Aceptarás la copa medio llena
que vuelve a reflejar la luz,
pondrás la otra mejilla por instinto
porque es deber del aire
calentarla.

FRAGMENTOS DE MEMORIA

Conservo pocos recuerdos
de la infancia más remota:
quizás ya con 5 años
la imagen desvanecida
de aquel patio de la escuela;
las faldas de mis hermanas
que patinaban en círculos;
y la silueta colgante
de un puente con su barquilla
de hierro, entre la niebla
y la desembocadura.

En el verano siguiente
recibí como regalo
un pollito que intentaba
nadar en un cubo rojo
de plástico de juguete:
de pronto flota ya muerto
y amarillo. Lo enterré
en un campo reluciente,
conmovido, bajo el sol.

Después, empecé a vivir
en una nueva ciudad
4 o 5 años enteros
y repletos de experiencias
y vivencias y recuerdos
ahora imprecisos, tenues,
pero que fueron entonces
principio de casi todo.

Caminas y caminas,
hasta llegar al mar.
Entras en él y sigues
caminando,
hasta llegar a un horizonte
que se aleja aún más
siempre de ti.
Sentado en tu butaca
te contemplas
hasta que estás tan lejos
que no alcanzas a verte.

El árbol, si lo cortas,
rompes algo sagrado.
Romper el mundo es fácil
y si quieres
romperte a ti mismo,
lo más fácil.
Has de dejar que en ti
florezca aquella piedra
que es la Flor Verdadera.

Esta mañana llueve
como nunca
y tú dejas que llueva,
porque eres muy feliz,
para verlo desde tu ventana,
como si no fuera
más que para ti.
Pero, de pronto, la conciencia
te recuerda a gritos
que el mundo se desangra,
cada día a más y sin remedio.

TANGO

Bajo una luz difusa,
sentado en tu salón como el espía
que espera a su secreta confidente,
saborea una copa de buen vino
atento a la pactada contraseña.

La escucha y pasa al cuarto donde gira
con su acento gangoso y rioplatense
un disco de Gardel, casi llorando
por un amor prohibido.

Lo sientas en la cama y con dos dedos
posados sobre el centro de su frente
empujas hasta verlo horizontal,
le sacas la camisa y desabrochas
la piel del cinturón, buscando avara
otra piel escondida que palpita.

Lo tomas y lo obligas con el ritmo
del tango que se cuela entre vosotros
y robas su sombrero de ala corta
para tapar el brusco balanceo
de tus pechos de loba tabernaria.

Comienzas a besarlo y de los hondos
jardines de tu aliento le contagias
un aroma ancestral a madre selva,
ese arbusto de almíbar
que cada año florece, pero siempre
huele de nuevo por primera vez.

ROSAS DE NIEVE

*Para un ciclo de canciones de Sevan Gharibian

1. CAÍDA

Ya olor en las cunas
mullidas de las ramas
o cristales en sombra
que clica el primer sol,
estimula un deseo
de anticipo y de cambio
que mira a tierra.

2. TIC-TAC

Los oyentes simples del cuerpo
envían peticiones.

Le digo sí a cualquier cosa ligera
que empiece un lenguaje
al desaparecer, un pierde-gana
que luego nos ayude a saborear
las ternuras siguientes.

3. PARÁBASIS

Vuelvo a la pelea
con las medusas espasmódicas
de lo que era ser yo
y para nada, gracias.

4. SI

Pusiera aquello en lo otro,
sumara ahí, lo necesario, vivo,
abriese entonces.

TINIEBLAS

Miro por la ventana la ciudad
que espera entre las sombras la mañana.
Apenas dos ventanas tienen luz
en este cementerio de cadáveres.
Intento comprender la soledad
de tantos edificios apagados,
de seres tan vulgares y vacíos
que mueren como yo lo estoy haciendo.
Ya pronto volverá la luz de nuevo
y el mundo girará sin más remedio.
La noche no es eterna para nadie,
aunque a mí me parezca interminable.

AUSENCIA

No sale nada cuando nada queda
en esta habitación que me cobija.
Es inútil contar lo que no existe:
el vacío, el silencio, la oquedad,
la caricia de un ser que yace muerto
bajo el signo de un dios que nadie encuentra.

EL NOMBRE FALSO

Lo terrible adopta siempre las formas más simples.
Será reconocible y familiar,
te llamará por tu nombre,
y tú, al acudir,
recordarás también el que creíste suyo.

LAS DERROTAS DEL HÉROE

Has sido en verdad Nadie,
y no el otro, ficticio, el que los versos
convirtieron en héroe.

Has sido solo el que ha perdido
la voz de las sirenas, y a Nausícaa,
y a Circe y a Calipso.

EL JUICIO DE PARIS

Cuando la acusación es de belleza, el veredicto
tiembla primero en los ojos del juez.

PALABRAS SILENCIOSAS

Lo demás es silencio.

Pero lo dijo con palabras.
No existiría ese silencio inolvidable
sin las cuatro palabras,
casi retrospectivas, que lo anuncian
y a la vez, de manera misteriosa, lo instauran.

CARTAA GABRIEL CELAYA

Arcángel del hombre asalariado, Gabriel Celaya, ¿qué es el poema, sino la anunciación, la voz que en el sueño se revela a los obreros? Tú que te sentías como un ingeniero del verso igual serías un arcángel si te llamaras Rafael. Escribo en una fábrica y hago turno en un poema. ¿Cómo puede ser un ángel quien necesita los dineros? Todo se complica o lo complicamos porque es un simple paraíso lo complejo. Por eso aclárame con lo oscuro, ilústrame a golpe de herramienta, enséñame a ser aprendiz del trabajo. Yo te creo: «La poesía es un arma cargada de futuro». Pero qué puede hacer un arma contra otra arma. Yo nunca supe qué hacer conmigo. Yo fui a todos los duelos con la pólvora mojada. Si la poesía es un arma cargada de futuro, un arma que tú apuntabas al pecho, ¿a dónde apuntar ahora? ¿A la cabeza? ¿Al vientre? ¿Al sexo? ¿A la espalda?! Si la poesía es un arma cargada de futuro, ¿entonces tiene un solo disparo? ¿Entonces tiene un solo futuro? Hay que defender a la poesía de los que dicen que la poesía se defiende sola. Nada está solo sobre la tierra. El arma es arma en manos de quien la empuña. Yo llevo una espada como un rayo que no cesa, la espada de otro arcángel llamado Miguel Hernández. Hay que defender a la poesía como carta boca arriba. Arcángel del hombre asalariado, Gabriel Celaya, dame tu arma para entrar al purgatorio.

CARTAA FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA

Querido Paco, qué fastidio el cartero, qué poca fortuna para quien nunca ha vivido en Fortuna. ¿Qué buena noticia puede traer un cartero? La mejor noticia es que no venga. Un cartero siempre luce joven y ágil, nos recuerda lo viejo y lo torpe que somos. La mejor noticia es que renunció, que se fue a su casa a abrazar a su mujer toda la mañana, que se fue a engordar y a escribir poesía. O a padecer de la gota. Bien lo supo Chesterton, quiero decir, su Padre Brown: el cartero es el asesino. De verlo tanto pasa por invisible. Pero allí están sus huellas demasiado profundas en la nieve. Ya quemó las cartas y en el saco lleva el cuerpo de la víctima. El cartero es el verdadero asesino todavía. Mata al otro, al que pudimos ser, al que fuimos antes de abrir esa carta. ¿Qué seré yo? ¿Un cartero sin gorra, sin silbato, sin bicicleta? ¿Un cartero sin perro que le ladre? ¿Un cartero que siempre pierde la carta para él mismo? ¿Un cartero que siempre escribe dos veces la misma carta? ¿Y a dónde va esta carta? ¿A tu arcadia perdida? ¿A tus tierras de sol y de angustia? Todo se me vuelve sed y éxodo, todo se me vuelve elegía. Pero como buen bautista, tú preparas el camino para el alto acompañamiento; tú me concedes voz y latido; tú me enseñas la razón de lo cotidiano. Cuando se escribe un poema sobre un cartero, nadie más molesto que otro cartero llamando a la puerta.

Los hombres de Malik con sus espadas
los hombres de Hassan con sus machetes
preguntan por Leónidas de Esparta.
Vienen los milicianos con fusiles
los falangistas con aviones
los aguaciles con demandas
los inválidos de guerra
con la silla de ruedas y el sentimental cenotafio.
Traen frescas las trincheras, los calabozos, la artillería,
los instrumentos de suplicio.
Así me mató Robespierre, el general dominicano, el brigadier argentino,
el presidente americano en Hiroshima,
el otomano Hamid cuando era armenio,
una turba anglosajona en Tennessee,
Stalin prohíbe el trigo en Sebastopol, la ciudad de los ahorcados.
Así morimos en Ruanda, en Camboya, en la limpieza étnica de Bosnia.
Ya llegan las cabalgaduras de los arqueros de los terribles príncipes de Asiria
Se acabó el genocidio,
ha llegado la hora de elegir,
voy con los hombres de Malik y Hassan,
rueda la cabeza del maldito sansculotte,
disparo en el frente de Madrid,
ordeno Zyklon para Treblinka,
marcho con Sharon a la matanza de Sabra, la matanza de Chatila, la matanza,
yo no tengo moral,
ustacha, partisano, qué más da, legionario rumano de San Miguel,
colecciono cráneos y narices,
voy con los jinetes escitas y los arqueros asirios,
no tengo principios, canto el movimiento feminista,
pido perdón por el esclavismo de los egipcios y el Imperio de Mali,
por el patriarcado de Shackleton
por los balleneros vascos en las costas de Groenlandia,
se acabó el deber, la barbarie de la reflexión,
el espartano huye de las Termópilas,
el soldado abandona el puesto de guardia,
yo soy Otro, señor Rimbaud,
el Otro es mi enemigo, pusilánime Lévinas,
filósofo del arrumaco.

ROSAL Y CENIZAS

Ahora aquellos tallos
del rosal que plantaste
para hacerlo trepar
sobre los muros, no
se yerguen frondosos
ni ofrecen ya sus flores
anaranjadas.

Tan sólo son ramajes
sedientos y erizados
con espinas.

Si regresa la lluvia
y en el barro se mezclan
tus cenizas, tal vez
devuelvan, fieles
a tu memoria, el brillo
sangrante de sus rosas.

4 HAIKUS

También las hojas
que hace sonar el viento,
cuentan su historia.

*

Tan fiel la lluvia
que moja tus zapatos.
Te sigue a casa.

*

Maldice un hombre.
El árbol, en silencio,
le da su sombra.

*

Las jacarandas.
Tan altas que le roban
azul al cielo.

PRONÓSTICO

Soy el meteorólogo americano
que pone nombre a los tifones
y huracanes cuyas imágenes
de tragedia y devastación
os enternecen cuando salen en las noticias
de la tarde.

 Mi nombre es Nick y espero
dárselo al próximo desastre
que arrase esta tranquila y próspera
ciudad de Florida.

 El pronóstico
para la semana que viene
no es muy bueno, y no suelo equivocarme.
Ya he enviado a mi familia
al norte, con mis suegros.
Llevo ya algunos días
durmiendo mal y hablando solo
o con mi perro.

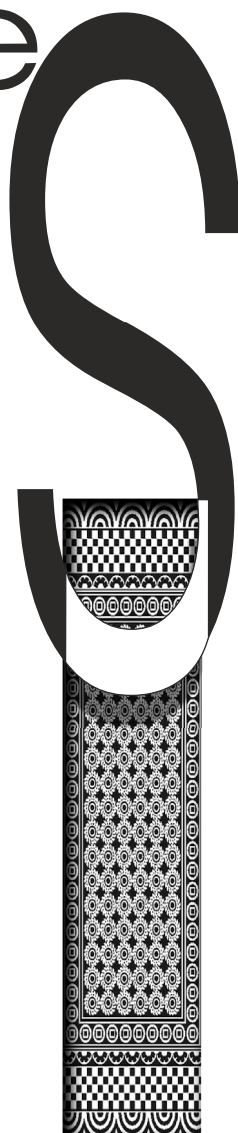
 Estoy
esperando la orden correspondiente
para hacer pública la previsión.

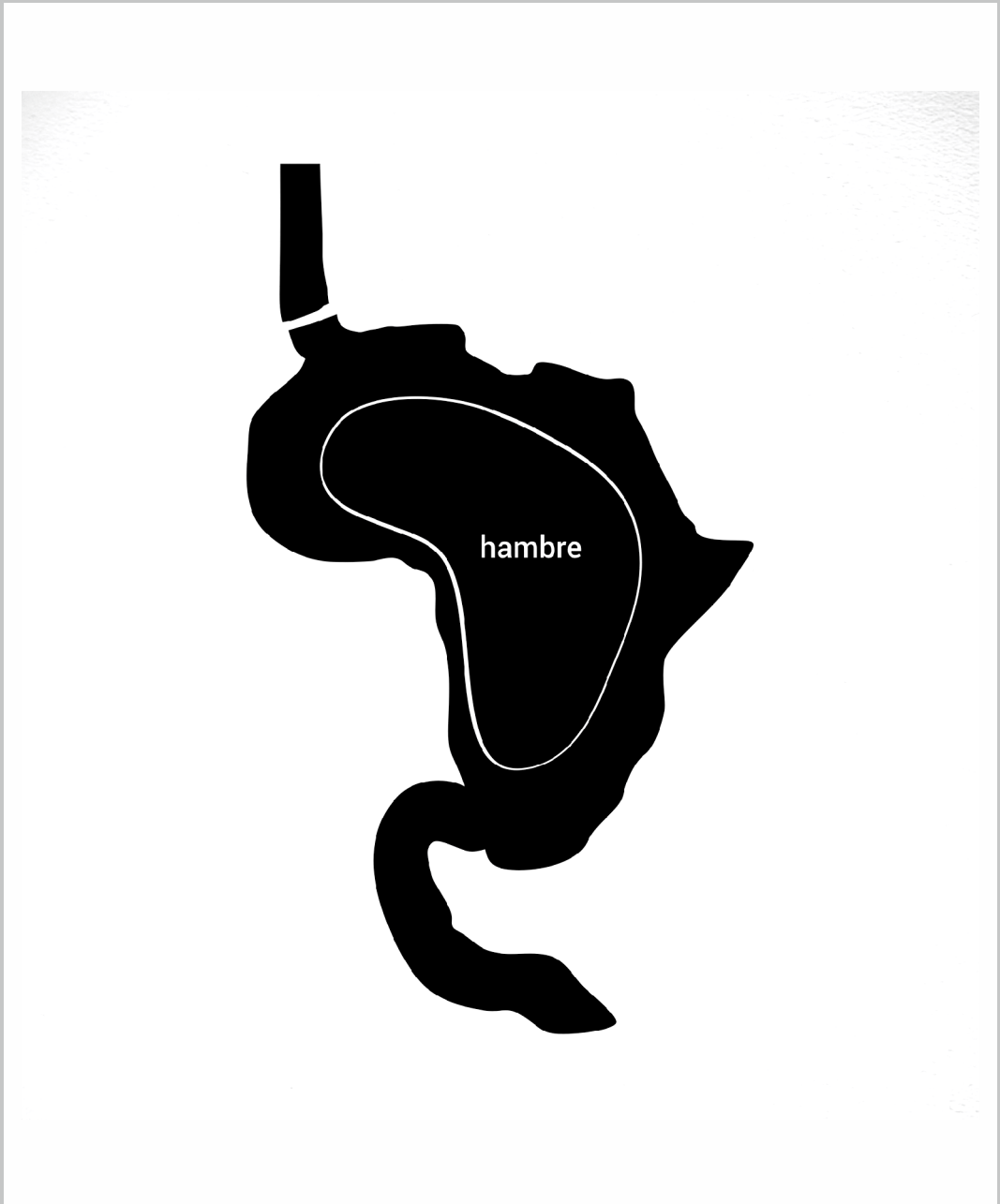


isuale



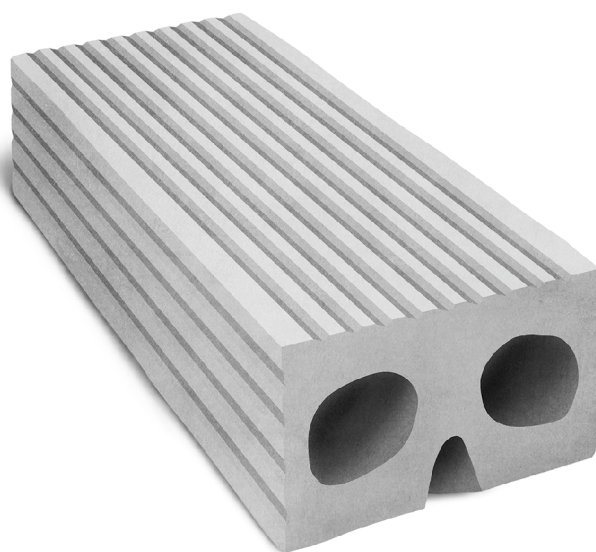
- Goyo Rodríguez
- Javier Sáez Medrano





Hambre

Goyo Rodríguez
Γολο Βορμίδης



Muros

Javier Sáez Medrano

Javier Sáez Medrano



Gigantes y cabezudos

Javier Sáez Medrano

Javier Sáez Medrano



Veo veo

Javier Sáez Medrano

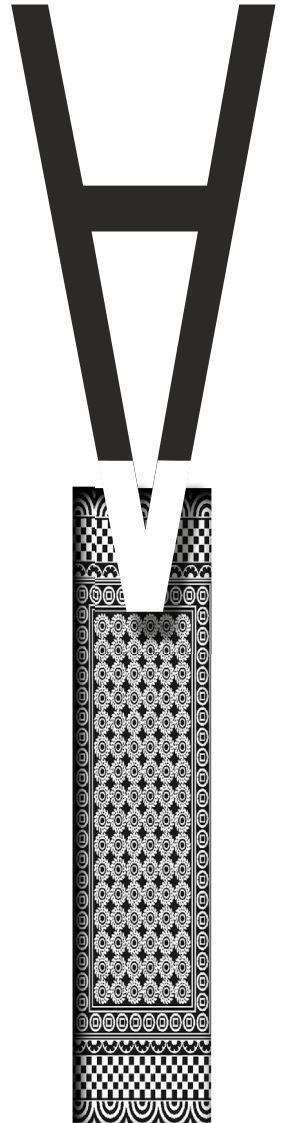
Javier Sáez Medrano



Espectáculo



arrativ



- Isabel García Díaz
- Manuel Gallego
- Manuel Moya
- Miguel Sanfeliu
- Pedro Olaya
- Sabas Martín

4 RELATOS BREVES DE *BARCELONA-GALICIA*

LAPESCASALADA

En mi barrio había muchos establecimientos. Como no existían los supermercados, uno andaba siempre entrando y saliendo de ellos. Mi madre aprovechaba cualquier ocasión. «Cuando vuelvas del colegio, pasa por la bodega a recoger el capazo con las botellas, o por la panadería a comprar una barra de medio, o de cuarto, o un panecillo de Viena» —me decía. También iba al colmado de María Cinta, siempre había cola porque a la compra se añadía la explicación de alguna desgracia: un enfermo, un muerto, un embarazo no deseado... En aquel colmado siempre reinaba un ambiente de misterio y de tristeza. En cambio, en la tienda La Pesca Salada era todo bien distinto. Daba gusto ir allí. La regentaban dos hermanas fornidas, parecían dos sopranos. Llevaban unos delantales blanquísimos, ribeteados con puntillas que destacaban sus grandes pechos. Eran alegres y dicharacheras. Se movían con elegancia y donaire, envolvían con delicadeza el trozo de bacalao, de atún o las sardinas en salazón. Me gustaba observar cómo hacían un cucurucho con aquel papel recio, cuando les pedían olivas y pepinillos. Pero lo me más me gustaba de aquel lugar eran los pósters, tenían todas las paredes empapeladas con distintas fotografías de Joan Manuel Serrat. Se me hacía corta la espera y tenía ganas de que mi madre me mandara de nuevo para contemplar aquella tienda que parecía un gran teatro. En esos años todo era gris y yo me sentía dichosa con *aquellas pequeñas cosas que nos dejó un tiempo de rosas*, como dice la canción.

LOS RÍOS

En el aula había un mapa que presidía la pared del fondo. Cuando teníamos Geografía, sor Laura lo situaba en el centro de la pizarra, colgado de un clavo, bajo el crucifijo. Luego, miraba durante unos segundos eternos la lista y nombraba a una alumna para que saliera al estrado; aquellos momentos eran terribles porque ella era tan severa que cualquiera se ponía nervioso ante su imponente presencia. Decía un río y había que señalarlo en el mapa y añadir dónde nacía, desembocaba y cuáles eran sus afluentes. A veces era tanta la tensión que uno se quedaba bobo ante el mapa y no daba con el río ni por casualidad. Entonces, había que copiar la lección entera como castigo y uno se sentía más bobo todavía. Daban ganas de desaparecer del mapa y de aquella clase como los ríos en el mar.

EL MARIACHI

Contaba mi padre que uno de los mejores momentos de su infancia era cuando llegaba la orquesta a la aldea. La recibían con todos los honores y cada músico se hospedaba en las casas de los vecinos. Aquello era el acontecimiento del año, la fiesta y la música, qué más se podía pedir.

De todos los que pasaron por aquella casa, recordaba a un acordeonista que se llamaba Rodolfo, era un hombre muy niño y siempre le permitía andar con él como si fuera un perrito faldero. Además, lo trataba como si fuese un amigo de siempre, le contaba todos sus proyectos, le decía que dentro de unos años conseguiría entrar en una orquesta de esas que marchaban a América, porque allá estaba el futuro. Entre pasodoble y pasodoble, tocaba rancheras y corridos mejicanos, pensando que algún día amenizaría al público de allende los mares. Mientras lo escuchaba hipnotizado, lo imaginaba con su traje de mariachi recibiendo las ovaciones de la gente de aquellas tierras lejanas. Aquel hombre era un soñador que te metía en su sueño y andabas con él fantaseando maravillas.

Sin embargo, Rodolfo nunca salió de Galicia y siguió toda la vida tocando por pueblos y aldeas perdidas, pero mi padre siempre sintió admiración por él, es más, pensaba que era una suerte que no se hubiese ido a América, así podía verlo cada año en la fiesta de su aldea.

LOS ZUECOS

Aquel año fuimos a Galicia en primavera porque mi hermano había nacido un poco delicado de salud y el médico aconsejó que un cambio de aires y de aguas le sentarían bien. Aunque ya había quedado el invierno atrás, los caminos estaban llenos de fango. Así que mi abuelo me hizo unos zuecos, yo andaba más contenta que unas pascuas, parecía como si en lugar de caminar volara.

En realidad, los zuecos me los había hecho para ir a la escuela, ya que había que recorrer un camino considerable. Iba con mi prima que llevaba el libro y la libreta atados con una goma elástica. La maestra, una mujer que parecía más vieja de lo que debería ser, me recibió con todos los honores. Me dejó sentar al lado de mi prima aunque ella tenía seis años más que yo, en lugar de sentarme con los niños de mi edad, porque allí iban todos los estudiantes de las aldeas vecinas y se colocaban de menor a mayor. La maestra me preguntó si en Barcelona llevábamos mandilón, yo no supe qué significaba esa palabra, pero mi prima sí lo sabía. Le respondí afirmativamente y me miró como si yo viniera de un gran palacio y aquella escuela fuera poco para mí. En aquellos tiempos se creía que los que veníamos de las grandes ciudades éramos superiores a los aldeanos, en cambio, yo hubiera preferido quedarme allí para recorrer aquel camino cada día con prima y mis zuecos.

GROTESCAMENTE

A deshoras del alba, en tanto proseguía la traducción de Proclo Diádokhos, extrajo grotescamente de su garganta un pequeño y suave capullo del color de la canela. Tenía la triste y espiralada forma de las caracolas de tierra adentro. Lo atribuyó a la casualidad, y como causa —puesto a buscarle siempre causas a la casualidad— a la impertinente tos del recién pasado constipado.

Discretamente, embebido en las palabras, apartó el capullo a una de las esquinas de su mesa. Pero ya no pudo concentrarse. De hito en hito la enarbolada forma de lo eterno atraía su mirada, abducía sus sentidos aprovechando la costosa y costrosa realidad de la materia. Y cuando la luz artificial no pudo disimular el resplandor de la aurora que se filtraba por la ventana, le pareció que aquel capullo había tomado la forma de un gusano enrollado sobre sí, dormido como un pequeño feto, con unos apenas perceptibles ojos, negras cabecitas de alfiler, y una grande y enigmática comisura. No le dio mayor importancia: «son cosas de una imaginación cansada y nerviosa, desviaciones de la verdad y del ser» —pensó. Y porque el texto reclamaba ahora más que nunca su atención, apartó la imaginación y consiguió retomar la dialéctica.

Poco antes de la clarísima luz del mediodía —y a lo mejor por ello— echó en falta aquel impedimento que unas horas antes extrajera de sí. No había ni capullo, ni gusano. Aunque se adivinaba un pequeño rastro iridiscente y ambarino, con algunas otras motas de materia informe, restos de un abandonado, recreado, serpenteante y tedioso camino que se internaba en el lejano horizonte de libros. «No es caso de qué preocuparse, ni ocuparse» —pensó nuestro traductor, si bien el incidente no dejaba de distraer su atención.

Porque era, en efecto, un acontecimiento curioso que, sí, «tenía más de sueño que de realidad, de sentidos que de verdad, de apariencia que de ser». Pero nada más. Menos mal que la realidad más acuciante, la verdad insoslayable, el ser, lo recobraban de la alienación y de la oscuridad aquella en que el rastro se perdía.

Varios albores y auroras más traspasaron su ventana cuando los progresos con Proclo le descubrieron también algunos restos de papel y montoncitos de polvo blanco sobre la hojarasca y el bosquejo de los estantes y... ¿era aquello algo similar al excremento? Bolitas negras tan perfectas, casi, como el ente de Parménides. Justo allí, donde otrora se perdiera el sendero de lo que una vez extrajo, grotescamente, por su boca. El extraño polvillo y esos otros residuos ¿no eran lo que alguna vez pudo ser papel? Mas no echaba en falta ninguno de los viejos libros de comentaristas latinos, que escudriñó, revisó, hojeó imperturbable sin sentir la ausencia de lo fundamental de sus ideas, de sus párrafos, de sus letras, de su materia, de su soporte físico y

.../...

presencia. No podía ser de otra manera. «Estos restos no son sustancias —se dijo—, son materia, de su soporte físico y presencia. No podía ser de otra manera. «Estos restos no son sustancias —se dijo—, son hylé, materia bruta sin forma definida; no tienen causa aplicable, son, quizás, pura casualidad» —concluyó, conforme, en tanto manoseaba los lomos apergaminados.

La traducción, la traducción sí que requería de algunas aclaraciones que llamaban su hambre de sabiduría e hipotecaban su esfuerzo. Por el momento, no debía ocuparse de un problema menor, si es que pudiera denominarse tal cosa «problema». En su quehacer, lo que había era sólo problemas mayores.

Es verdad cuanto se decía nuestro traductor, que, sin aclaraciones, sin notas, las traducciones quedan tan literales como secas. La viveza del discurso se pierde, se aja, dejando entonces el incomprensible residuo de la lengua como un caminito de excrementos sin sentido. Él no podía permitir que Proclo degenerase en residuo. Esa era precisamente su labor, «que la literatura de Proclo no fuese residual, que no fuese pasto de gusanos».

Sumido en tan costosos trabajos, pasado un tiempo no determinable, notó la falta de algunos libros, y le dolió encontrar algunos comenzados. Un lejano «roe y roe» roía su espíritu y lo apartaba de la total entrega que el texto demandaba. Un extraño olor, pútrido, insano, tomaba el antro que alguna vez llamó celda del saber; allí donde su vida nada más tenía sabor, sin tener que degustar ni oler (acciones tan onerosas). Molesto, afligido y atormentado, proseguía no obstante con los giros, metáforas, mitos y khora, sobre todo con la dichosa khora que ahora le sabía a ceniza.

Las auroras se sucedieron más rosadas, más intensas y más amargas al penetrar su ventana. Allí clavado sobre sus papeles, nuestro traductor doblaba la cerviz al yugo de la lengua viva. Era otra cosa, ésta sí que era «su» criatura, su gran creación. Y ya sólo faltaba para su alumbramiento las explicaciones del porqué de las licencias al traducir.

Pero todos los días había que dedicar un tiempo a esa otra criatura, la del rincón donde otrora estuviera su amada colección de tardíos clásicos latinos. Un ser que esperaba a ser alimentado, que engullía cuanto quedaba al alcance de su boca infernal, que devoraba sabios, deglutía el saber mismo, amaba lo sabido, saboreaba el saber.

Llegó esa alba en que no hubo libros sobre los estantes. Ni papel. Ni estantes. Sólo un cofrecillo de plomo que guardaba la extraña, única, eterna traducción de Proclo. Y el monstruo. Y sus heces. Monstruo húmedo, monstruo amorfo de respiración intensa y acartonada que lo miraba con ojos vidriosos y negros como espejos de azabache. Heces perfectas, como el ser de Parménides.

Carretadas de libros lo mantenían en calma y alargaban su sueño, momento que había que aprovechar para extraer a Proclo del cofre, ultimar la bibliografía y redondear la obra antes de entregarla a la imprenta.

Aquel bicho sin embargo había hipotecado ya todo su tiempo. No se encontraban libros con que satisfacerlo. Se había vuelto gruñón y exigente; amenazaba. Aquel hombre tan sabio, tan libresco, le irritaba. Su olor a papel acartonado...

La última aurora, justo cuando fue a recoger aquel cofre del tesoro para entregarlo a su editor, el monstruoso ser engulló a nuestro sorprendido traductor de Proclo Diádokhos.

En su sudario de plomo Proclo sobrevivió al famélico ser que un casi amanecer alguien extrajo grotescamente de su garganta.



5 MICRORRELATOS DE LA SERIE *VILANOS*

LADESBANDÁ

En silencio nos detuvimos frente a la vaca muerta volcada en la cuneta. Sin resuello, sentamos a la abuela sobre un tocón cercano. Tenía la mirada perdida y parecía sonreír a la vaca como sin entender. Un muchacho cortaba con una navaja tajadas de carne que iba tirando como sin querer en un sombrero de paja. Miró a la abuela y preguntó, por qué me mira, qué tiene. Nena, nuestra hija, respondió, alzheimer, tiene alzheimer. Pueden cortar, mataron al amo, dijo el chico alzando la navaja. Pero ya otra vez los aviones se aprestaban a caer sobre nosotros.

PADÓNDE VAMOS

a Ana de Tovar

Apenas enterrado el hijo, ella supo que no quería volver. Lo dijo con claridad, «no sé tú, pero yo a casa no vuelvo». Él trató de replicarle pero ella, por toda respuesta, se puso a caminar y a caminar. Él la siguió. Dejaron atrás el pueblo. Subieron hasta un alto y él echó un breve vistazo a todo cuanto dejaban atrás: la iglesia, la escuelita donde diera clase, el cuartel, el cementerio. Y siguieron caminando durante días hasta que les empezó a llover. Habían dejado atrás dehesas, arroyos, olivares, aldeas, otros puertos. Durante horas esperaron que aflojara en el truco de un castaño. Ella, dejándose caer sobre los podricachos lloró por vez primera. Cerraron los ojos. ¿Pa dónde vamos?, se preguntaba el hombre en sueños. ¿Pa dónde vamos?, preguntó apenas descampó. ¿Pa dónde vamos? Pero la mujer se sacudió la falda con energía y se puso a andar de nuevo. «No lo sé, dijo cuando ya estaban lejos, pero donde no tengamos que ocultar a nadie que nos mataron al Juanma».

FLECHAS

Estaba a punto de aparecer el metro, cuando llegó el mamut. El eco de sus pasos nos inquietó, y muy pronto sus enormes cuernos nos cortaron el aliento. ¡Maldita sea, tenía que ser un mamut! Sin pensarlo, todos huyeron. No yo, dispuesto a disputarle la entrada como fuera. Durante diez minutos de duro forcejeo no hubo un claro vencedor, pero los demás pasajeros comenzaron a lanzarnos sus cerbatanas de curare. Él logró pasar sobre mí, pero sólo porque una de las flechas me acertó en el ojo, y un cíclope sin su ojo no es nadie, que si no...

¿POR QUÉ NO VIAJAN LAS PALOMAS?

Cuántas veces me hice esta pregunta: ¿por qué no viajan las palomas? ¿Por qué razón no viajan las palomas? Porque lo cierto es, siento decirlo, que las palomas no viajan, salvo las mensajeras, pero éstas, las que en el gremio denominamos profesionales, no cuentan. No ves palomas andaluzas en Portugal, ni palomas turcas en Bulgaria. No señor. Una paloma de Burgos jamás saldrá de Burgos por más que escuche mil veces que los inviernos de Cáceres son más benignos o que en Palencia haya unos trigales infinitos. Ni siquiera imaginan lo felices y despreocupadas que serían en un tranquilo campo de centeno. No, hace mucho que las palomas perdieron el vértigo del viaje y prefieren volar sobre los mismos plataneros, posarse en las mismas cornisas, caminar a pasitos cortos y ridículos por la plaza de la catedral, dejar perdidas las mismas gárgolas y bancos municipales y huir de los perezosos guardias urbanos. Y es una pena, pues la naturaleza las dotó de alas y de un cierto sentido de la orientación, pero no, las palomas prefieren quedarse tan panchas en sus plazas, disputándoles las migas de pan a los astutos gorriatos o huyendo de los halcones que ha contratado el nuevo deán para que no defequen sobre las esculturas de la fachada gótica, recién restaurada. Tal llega a ser su aversión al viaje que desconocen esas plazas que quedan del otro lado del río, a tiro de piedra, donde no llegan los halcones. Sí, la naturaleza erró gravemente con las palomas: les dio alas, sí, pero no la curiosidad de volar.

EL NADADOR

Debía ser un acto modesto y emotivo. Abelardo fue un buen compañero. Las olas batían somnolientas contra las rocas. Ernesto, su hijo, subió a una de ellas, abrió la urna y derramó las cenizas sobre las olas, que poco a poco se fueron tiñendo de gris. Los demás nos quedamos inmóviles, absortos en la transcendencia del acto. Entonces, no sé cómo, las cenizas, después de dispersarse y oscilar un momento en la superficie para buscar la hondura, se volvieron a juntar en la superficie dibujando una mancha oscura y sólida, hasta que vimos aparecer el codo, y luego la cabeza ladeada, un trozo de espalda y luego otra vez el codo, la cabeza, el codo... y así pudimos observar que el nadador se alejaba, se alejaba.

RELACIÓN DE PODER

El cabo Vueltas decidió imponer una dura penitencia al soldado García para que le sirviese de lección. De este modo, el soldado se pasó la mili desempeñando los más inmundos trabajos: limpiando letrinas, fregando suelos, cortando leña, pasando sueño en la garita de la puerta principal, escuchando los insultos y las risotadas del cabo Vueltas, restregándose entre cacerolas y agua sucia, llorando de nostalgia y rabia por la impotencia que suponía no poder rechistar, al igual que muchos años más tarde, un pobre Ordenanza sentirá deseos de llorar ante una taza de café que no tiene por qué servir pero que, sin embargo, depositará diligentemente sobre la mesa de su Jefe de Administración. Un Jefe de Administración que pretende hacerle la vida imposible y le encarga tareas absurdas sin parar. El zumbido de la llamada, largo e insistente, resuena en los oídos del Ordenanza todos los días, siempre procedente del mismo sitio, el despacho de un hombre que ha decidido torturarlo, ensañarse mediante el encargo de las más bajas tareas, un hombre al que conoce desde hace muchos años, desde el tiempo en que estuvo en el ejercito, un hombre cuyo destino parece ligado al suyo para siempre. El ordenanza García conoce muy bien la crueldad del Jefe de Administración Vueltas, antiguo cabo suyo que, por caprichos del destino, vuelve a hacerle la vida imposible, una vez más, recordándole que ha sido siempre un perdedor y que su sino es resignarse a mantener la cabeza agachada, a tener miedo.

HISTORIAS DEL ATARDECER

No todo es infernal en el infierno. Hay un jardín. Una isla extraña de silencio y de retiro a la que uno llega sin saberlo.

Está detrás de todas esas cosas torcidas de la vida. El mundo desde ella son kilómetros de distancia. El resto de la ciudad está iluminado fatigosamente, el jardín siempre esta resguardado.

En el jardín por fin se comprende que la felicidad no es algo exultante y ruidoso, sino algo silencioso y lento.

Los que habitamos el jardín sabemos, no obstante, que volverán a llegar los tiempos de la destrucción y nuestro jardín dejará de existir. En su lugar habrá un hoyo funesto, un angosto pozo desnudo y gris, en cuyo fondo con impresionantes distorsiones no logrará entrar ni un rayo de sol.

Allá abajo no llegará a entrar nunca la luz, como tampoco el silencio, ni el placer de vivir. Ni siquiera el cielo podrá verse desde el agujero telúrico. Tantos serán los hilos y cables que se entregarán de amargura a ambos lados del pozo. Será el triunfo del cruel galope del tiempo.

Finalmente verás a un niño sentado llorando con un animal muerto en las rodillas. Ahora ya no correrá por las praderas del sur, sino que con restos de cemento y de alquitrán erigirá un mausoleo para su querido animalito.

Ciertamente no será el niño de antes. Cuando sonría, sus labios tendrán en las comisuras un pequeño pliegue de acritud.

Ahora se me dirá que rectifique, puesto que en el infierno no puede haber niños. En cambio, si los hay y muchos. Sin el dolor y la desesperación de los niños que es la peor de todas cómo puede haber un infierno como debe ser.

Además, para mí mismo, que he estado en él y tengo que volver a reconstruir mi jardín, no resulta muy claro si el infierno está propiamente allí, o si ha sido repartido entre el otro mundo y el nuestro.

Considerando lo que he podido oír y ver, me pregunto incluso si por casualidad no estará el infierno aquí y si yo sigo todavía en él y si no será sólo punición, castigo. O, sencillamente, nuestro destino misterioso.

CENIZAS

Hasta parece dispuesta a no despreciar el vino, nunca bebe porque no le encuentra el gusto y es una tontería y por qué tiene si no saca beneficio, pero ahora la ocasión lo merece, diez años ya, y que le llene la copa, seguro que enseguida el brindis por nosotros, va a decir, tú yo lo único importante, y los niños claro, nosotros también incluye a los niños, por nosotros, brindamos y qué agradable esta noche, tanto tiempo que no estábamos a solas, menos mal que al fin encontramos quien se quedara con los niños, aunque se les echa de menos, se hace tan raro sin ellos, otra cosa no pero podemos estar orgullosos de los hijos que tenemos ¿verdad cariño?, ya quisieran muchos, sí querida, orgulloso, se les echa de menos a los niños, también sonrío, ella que se limpia la comisura de los labios con el borde de la servilleta, un gesto que me sé de memoria, tantas veces se lo he visto repetir a lo largo de estos diez años, incluso antes, cuando aún no nos habíamos casado, ese ademán parsimonioso al coger la servilleta, el meñique que parece escaparse del resto de la mano mientras se lleva solo el borde a las comisuras, un gesto delicado queriendo aparecer elegante y que cada vez se hace más insoportable, está delicioso pero no debiste, nos va a salir una barbaridad, tú sabes que a mí estas cosas, y ahora me vas a decir no importa, que si por una vez, que me merezco todo, lo sé, adivino tus palabras, siempre supe, eres tan poco original, si pudiera dar marcha atrás a mi vida, si fuese capaz de decir basta y detener el tiempo o romperlo como puedo estrellar esta copa contra el suelo para que el vino se derrame y al limpiarlo se fuera también con él toda tu vulgaridad, que desaparecieras tú mismo en el trapo empapado, ni un rastro luego, ninguna huella de tu existencia en la mía, empezar de nuevo y evitarte, día a día he sentido cómo escapaba la esperanza de que quizás fuera distinto, ya no tiene sentido, solo un cuerpo, una figura que reconozco pero nada de lo que hay debajo de esa apariencia me atañe, ajena a tus palabras, a tus deseos, ni siquiera ahora que pones tu mano sobre la mía, incapaz de seguir padeciéndote y, ¿te lleno la copa?, todavía tengo, gracias cariño, queriendo ser complaciente y sin embargo sabe que aborrezco la bebida pero se empeña, acabaré cediendo, siempre ha sido así, he cedido una y otra vez hasta anularme por completo, sometida a él, al principio casi sin darme cuenta, supongo que estaba enamorada, tuve que estarlo o al menos lo imaginaba, aunque esta noche me parece algo tan remoto, tan imposible de aceptar, creo que entonces fue cuando únicamente nos sentimos próximos, como si nos fundiésemos en una sola voluntad y ninguna fuerza de este mundo tuviera poder para apartarnos, el primer niño, nuestro primer hijo, enseguida vi cómo te ibas transformando, tu irritabilidad, la manía por el orden y la limpieza, los malos modos, cambiaste querida, empecé a descubrir otro ser a mi lado, tal vez empezaste a mostrarte como

.../...

eras verdaderamente, no te preocupes, lo que te apetezca, no repares en el precio, siendo hoy nuestro aniversario, anda, tiramos la casa por la ventana si es preciso, camarero lo que desee la señora, nunca hasta entonces te me apareciste tan extraña, como si algo o alguien te hubiese arrancado una máscara, y la certeza de perderte definitivamente cuando nuestro segundo hijo y después con la pequeña, solo la rutina, el dejarse arrastrar por la costumbre, callando lo que no me atrevía a reprocharte, quizás si entonces te hubiese hablado, pero ¿para qué?, no hubieras comprendido, aguantándome lo que sabía, reconcomida por dentro para no pedirte explicaciones, lo intuí, después solo tuve que confirmar la sospecha, no era tan tonta como para creerme tus disculpas, los viajes cada vez más frecuentes y las noches fuera de casa, todo tan tópico, vulgar hasta en eso, por los niños, lo soporté por los niños, hubiera preferido no enterarme, estar protegida por la ignorancia, cerrar los ojos, no oírte hablar en sueños y yo a tu lado sintiendo vergüenza y un asco inmenso, callé por los niños y lo sabía aunque no dijera, ya no puede ser como antes como al principio de conocernos, cuando aún nos desconocíamos o no queríamos darnos cuenta, pedirá champán, seguro, siempre lo hace, no puede faltar el champán esta noche, por supuesto, y otra vez tu sonrisa estúpida, y sé que en casa tendré que hacer el amor, por nosotros, por los próximos diez años, en casa ella querrá que hagamos el amor.

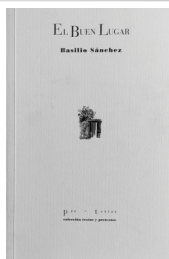




ibro



- El buen lugar
- A fin de cuentas
- Signos de una antigua diosa
- Remolinos y remansos
- Manual para sacar un conejo de una chistera
- Caja de costura
- Mudanza



El buen lugar

Basilio Sánchez

Editorial Pre-Textos, Colección Textos y Pretextos.

Valencia, 2025. 226 páginas.

Marina Tsvietáyeva, para expresar la marginalidad y el rechazo que muy a menudo sufren unos y otros, escribió lapidaria que «todos los poetas son judíos» —quizá de vivir hoy hubiera cambiado judíos por palestinos o migrantes en cayuco—. A partir de ahí, Basilio Sánchez, apoyándose en Leonardo Padura, recuerda que, sin embargo, en el siglo XVII hubo en Europa una ciudad donde los judíos, siquiera provisionalmente y durante no mucho tiempo, pudieron encontrar refugio: Ámsterdam. Por eso, en su lengua, la llamaron *Makom*, que quiere decir 'el buen lugar', un sitio donde «sin apremios ni intimidaciones, la realización plena de la vida de cada uno puede ser posible». Así, Sánchez ha titulado *Makom* —tal vez, «un lugar inexistente», «tan solo, un estado esperanzado del alma que concede el consuelo a los poetas, a los abandonados en el desierto y a todos los judíos de la tierra»— al libro que leemos porque tiene a la poesía, no cabe duda, por «el más insensato de los reinos para los indefensos y los frágiles».

Olvidemos por ahora el adjetivo 'insensato' y hablemos de este libro extraordinario, «denso y luminoso», complejo, riquísimo y de lectura inacabable aunque solo tenga 226 páginas. O sea, tratemos de explicar qué es *El buen lugar*:

Si no fuera porque el subgénero literario que llamamos poética se ha vulgarizado hasta la trivialidad —en los últimos años se han difundido, aquí en la provincia, por lo menos cien— y la inmensa mayoría o están escritas con desgana o son de una simplicidad pueril, podríamos afirmar que *El buen lugar* es una poética. Una poética, eso sí, *sui generis*, compuesta mediante la acumulación de retales de procedencia diversa «como entrevistas, presentaciones de libros, cartas o comentarios a los envíos que generosamente he ido recibiendo de otros autores...»; estamos, en consecuencia, ante «un conjunto de textos azarosos y fragmentarios, sin demasiadas pretensiones». Solo en apariencia, me atrevo a afirmar, pues a partir de los textos originales ha tenido que haber por fuerza un proceso de selección —cuyos criterios ignoramos, no su propósito—, de rescritura o corrección y de ordenación —que podemos descubrir—, de modo que los fragmentos, azarosos en principio, han acabado por conformar un libro unitario. Hablando de la ordenación, pongo un ejemplo, evidente desde el principio: a los textos más largos —el más largo apenas supera las cuatro páginas— les suceden siempre textos breves o brevísimos —siete palabras el más breve— de carácter poético, muy bellos, que funcionan como epifonemas; y el libro concluye con tres de ellos, tres llaves que lo cierran



provisionalmente, porque, una vez cerrado, levantamos la cabeza, nos quitamos las gafas, miramos a lo lejos, rumiamos lo leído y nos hacemos el propósito de volver a este manantial inagotable: tan inagotable como un buen poema, como un buen libro de poemas.

En cuanto al contenido del libro, ya hemos dicho que hay textos de varia naturaleza. Aparte los «epifonemas poéticos», destaco ahora aquellos que, por usar las palabras de Sánchez, configuran «su propia subjetividad, su propia perspectiva, su manera singular de mirar que él ha ido educando con su oficio, sus lecturas, sus relaciones personales y su negociación con la vida».

Oficio y lecturas, familia y origen constituyen, creo, los elementos principales de su «negociación con la vida». Basilio Sánchez es médico intensivista. A su trabajo —en especial a su trabajo durante la pandemia— dedica el libro bastante espacio y textos conmovedores. El lector, seguramente con razón, llega a la conclusión de que las tareas en el hospital, el trato con enfermos entre la vida y la muerte y con familiares necesitados de algún tipo de luz son esenciales para entenderlo como poeta y como ciudadano. Basta ensayar un inventario apresurado de ciertas palabras que se repiten a lo largo del libro y que tienen que ver con la fragilidad, la compasión, la incertidumbre, el respeto, el consuelo, el misterio, la modestia, etcétera. Respecto a las lecturas, si el libro tuviera índice onomástico, ocuparía varias páginas: de poetas, de filósofos, de escritores, muchos recurrentes y todos con características semejantes o complementarias. Llama la atención, no obstante, que, salvo fray Luis de León y san Juan de la Cruz, no mencione ningún poeta español anterior a Machado. Y la familia —el padre pintor, la madre aficionada a la música— y la ciudad y la región donde nació y reside, por cuanto hayan podido preservar unas formas de vida y unas relaciones con la naturaleza que son ya casi reliquia, también alcanzan enorme importancia.

De todo ello surge un hombre modesto, entregado a la profesión, amante de la naturaleza, de sólida reciedumbre moral y convicciones ideológicas que se dejan adivinar aunque no se expongan explícitamente —salvo en el fragmento de las páginas 113 y 114, cuyo contenido, muy pertinente en términos generales, desentona del contexto y, consiguientemente, flaquea—. Surge así mismo un poeta grande, pero humilde y frágil, que practica una poesía meditativa, hasta cierto punto celebratoria, metafísica, hermética hasta cierto punto, y que pretende servir como refugio y como salvación. O sea, el buen lugar y, en modo alguno, insensato.

Pedro Torres



A fin de cuentas

Manuel Cortijo

Mahalta Ediciones.

Ciudad Real, 2024. 108 páginas.

A fin de cuentas es la quinta entrega poética del poeta de La Roda, Manuel Cortijo, un libro donde el poeta indaga y da un paso más en su poética. Si en *Memoria de lo usado*, el poeta siente la necesidad de volver al pasado para encontrarse a sí mismo, si en *Los dones de la luz* Cortijo nos transmite el hecho de que la poesía es un espacio de luz donde encontrar entre las cenizas el rescoldo de un nuevo fuego, si en *Estancias*, nos sumerge en el ámbito del misterio de la poesía, de la palabra y del hombre, si en *Cuando quiera la noche*, indaga en la experiencia de la finitud y la magnitud de un nuevo nacimiento, en *A fin de cuentas*, para nuestro autor el poema es el tiempo de la luz y es el espacio donde la verdad puede ser «engendrada».

El poeta se sitúa en el presente, porque el presente es el momento en el que el poeta espera que lleguen a existir aquellos versos del poema que un día estaba por hacer y que no fue terminado. Y si el poema es el tiempo de la luz, sus metáforas quizá sean lo que nos dan la claridad, el extrañamiento producido por un lenguaje alejado de lo convencional. Las palabras emergen metamorfoseadas en imágenes y llegan al poeta.

Y el poeta analiza el mundo y se adjudica lo que le deja en él mismo para descubrir que es él el que ha de conocerse y encontrarse, por lo que ha de seguir trabajando «esos poemas propios / que más saben de mí». Se produce el encuentro entre el hombre y la poesía una vez que ha descubierto que para que la inspiración llegue ya ha de ponerse a trabajar y a reflexionar sobre la elaboración del poema. Es la creación poética un misterio en el que solo la espera alcanza la dicha de un encuentro puro y siempre efímero, un misterio donde vagar en busca de «mi verdad, la que va en mí», nos refiere el poeta.

Si la luz cada día es distinta, distinto es también lo hallado, porque el ser no es unidimensional. Tras lo metapoético, el pensamiento se ve obligado a esperar que llegue «el día que somos» y «el día que soy», el encuentro con nosotros mismos y con uno mismo.

Una mezcla entre la claridad proyectada tras la espera, lo metapoético y el yo que recorre la primera parte del libro, titulada «A cuentas con la luz». Por ello el poeta afirma «Me busco en mi verdad, la que va en mí» en esa luz que cuando llega ilumina quién es y prepara el terreno para la elaboración de sus versos.

En «Tomar de lo que viene», segunda parte del libro, el poeta ante la incertidumbre de la vida espera a «que venga lo que tenga / que venir», pero su tarea es clara: la

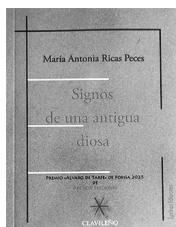


la búsqueda para llegar al conocimiento del yo. Así comienza a ver con «los ojos del tiempo», un espejo dónde verse y acoger la fugacidad del instante como un reflejo «que acabado de ser desaparece». De ahí los recuerdos. El de la madre cuando el hijo, el poeta, en la niñez enfermaba y hallaba el remedio en «aquellas manos/ abiertas como lunas de mi madre, que con su gracia / todo lo curaban». El recuerdo de La Roda donde dio comienzo las primeras «labores aprendices / de aspirante a poeta». El del padre ante el cauce del río Júcar donde «iba /... aquellos días de labor/... / a lavar los capachos tras la vendimia y como /pasa el río / y me deja trenzar estas palabras suyas / tan húmedas de amor». O el de su hermana Juliana o la Feria de Albacete.

En la tercera y última parte, «Si esto fuese palabra», la poesía es el territorio donde ha de aparecer «La vida por decir». En ella se va «desde las palabras a la vida», una vida y su verdad, porque es precisamente durante la experiencia vital donde el poeta se da cuenta de que hay «otra / parte que no conoces / de ti». Con ello se inicia una nueva búsqueda recurriendo al momento de la creación del poema y espera en la luz para llegar a dar luz ese rincón escondido de uno mismo.

El poema es un potro salvaje: «cuando quiere el poema viene solo» y lo hace para decir lo que «quiere decirse». Y es la palabra la aliada para hallar la auténtica identidad. Este quizá sea el verdadero oficio del poeta: «y solo queda / la ceniza sin voz / de las palabras» para al fin «decir quién soy», finalidad última de la creación en la poesía para Cortijo.

Juan Pedro Carrasco García



Signos de una antigua diosa

María Antonia Ricas Peces

Premio Álvaro Tarfe de Poesía 2025.

Apeirón Ediciones.

Madrid, 2025. 58 páginas.

Desde la cita inicial de D.H. Lawrence y el poema «Casuarius», el libro se presenta como un canto casi más a la insurrección que a la supervivencia de la belleza, sobre cómo remonta el polvo para defender que lo efímero es una apariencia de lo ancestral o lo eterno. Aun cuando el olvido pueda ser preferible a un recuerdo teñido de la prisa o la superficialidad. Ese resistir crea una euforia que bordea casi en una elegante indiferencia por la que cae en algún margen del agua (nunca mejor dicho en el caso de Anfitrite...) sin lograrlo pero al menos abrazando la serenidad, vivida casi como un confort doméstico, de saberse fuera del tiempo («La casa»).

Impacta en el libro el contraste entre la muerte y la constelación de detalles sensoriales ya inútiles con que las antiguas civilizaciones intentaban matizarla («Estela funeraria en Nefertiabet»). Si persiste el dolor, a menudo se diluye en un proceso en el que lo herido se convierte en levedad o transparencia («Retrato») o la revelación de formas del pasado se produce con una lentitud serena que parece poner de nuevo en pie la infancia («Verdín de alegría» es uno de los «tótem» emocionales del libro) hasta enunciar la resistencia de un «sigue viviendo cuanto puedas». Inseparables de la muerte son sus deidades crueles, impertérritas ante la sangre que incitan a derramar pero intentando mostrarse humanas aun en detalles sutiles («Nike atándose la sandalia») e incitan a que la rendición se convierta en una posibilidad a la vez de belleza y de ética o dignidad («Cabeza de muchacha. Leonardo da Vinci»).

Está lleno el poemario de fascinantes, originalísimas perspectivas de enunciación en que se obra a menudo la fusión del «yo» y el personaje. Como la de la propia Tierra reprochándoles a los dioses la impiedad de los ciclos vitales que le han impuesto («Gran Madre»): pocas veces se podrá leer una variante más lúcida y singular del mito de Perséfone y Artemisa. Se resalta aquí el poder de la naturaleza... pero también cómo perdemos sus señales como si fuéramos malos traductores que no sabemos trasvasar un código de belleza a otro («Me hablaba, ululaba»). Lo natural no deja de ser el itinerario a una dimensión en que el propio pasado y el deseo se concilian en la mutua condición de sueños («Luminiscencia»). Desata una vastísima dimensión mágica en que cada detalle de belleza se dispersa en réplicas de sí mismo («Matrioska»). Y ese prodigio alienta el otro de la transformación fabulosa del yo como en el final de «Cierta forma de mudez palpitante» al contemplar a dos caracoles caminando por su pierna.

«Comparemos mitologías» nos decía/apelaba Leonard Cohen desde el título de

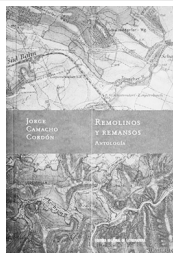


uno de sus mejores poemarios... y en ese hibridismo feliz se inventan seres en amalgama o caos de los ya existentes, se borra la línea entre la deidad clásica y la diva de Hollywood («Diosa fumando cigarrillos Salem»... con una Anne Sexton de la que es deseable hasta su dolor), lo humano se desvirtúa de magia en una ambigüedad que se abre a lo imposible (la muchacha-bruja en «Escultura de Willy Verginen»). De su serie «Rayuela»).

Finalmente, y en lo estilístico, no se puede sino consignar que aun siendo un poemario que permite identificar muchas de las constantes en el trabajo de la palabra de su autora, no deja de suponer en cierta medida un «giro» (poco importa que sea deliberado o realizado sin premeditación). Hay un cambio de música, el que posibilita el verso más corto y entrecortado, la abundancia de textos en prosa poética. Un lenguaje más aproximado a usos coloquiales sin detrimento de una cuidada elaboración formal. Sí es virtud inalterable de su autora el que su impacto sensorial siga perenne, y hasta al máximo de su poder de sugestión o atmósfera en «Mañana de verano con lluvia». En ciertos textos parece adivinarse un tono moral implícito: quien destruye la belleza siempre asola algo más hondo que, precisamente por serlo, logra regenerarse desde la atrocidad («Kintusugi en Gaza»), así como el dominio de la imagen para sugerir mundos creativos fundados sobre la irracionalidad («Mujer libélula de Remedios Varo») y hasta la inventiva léxica («verdinuevo» o «verdipalomas» en «Mañana de verano con lluvia»).

He debido decirlo a propósito de algún otro poemario anterior de la autora. De hecho, sería un juicio válido para cualquiera que haya editado desde hace años. Y no importa repetirlo porque es un hecho cierto y la propia esencia de la verdad es permanecer inoxidable por más veces que se diga. Da igual que sean cuadros, esculturas, piezas de música o todo a la vez. La poeta siempre acierta con la faceta más noble y honda del «culturalismo». La que rehúye la tentación exhibicionista, el mero listado de nombres enciclopédicos y convierte el arte en motivo de indagación sobre los motivos fundamentales de la existencia. Es un logro reiterado de su obra que aquí deslumbra una vez más. Y lo convierte en referencia obligada de su trayectoria.

Rafael Escobar



Remolinos y remansos

Jorge Camacho Córdón

Editora Regional de Extremadura.

Mérida, 2025. 195 páginas.

Esta antología recientemente publicada recoge lo esencial de la obra poética en castellano de Jorge Camacho Córdón, quien ha cultivado también la poesía en esperanto. La importancia de su obra en esta última lengua ha sido puesta de relieve, entre otros, por Clemens J. Setz, que, en un reciente ensayo sobre lenguas artificiales, *Las abejas y lo invisible*, se deshace en elogios a su inventiva verbal.

En los últimos años, no obstante, en especial a partir de la aparición de *Quemadura* (2020), Camacho ha optado por regresar a su lengua materna. Regresa, sin embargo, después de una fructífera exploración, tras haber afinado su oído poético y afilado su sensibilidad para los matices expresivos que ofrece el castellano.

Remolinos y remansos recoge y sintetiza la actividad poética de su autor a lo largo de varias décadas. «La vida es un meandro entre dos limbos», escribe nuestro poeta, formulando un impecable aforismo que evoca y enriquece el verso manriqueño. La vida es un río que discurre inexorablemente hacia el mar. Y, como todo río, no discurre siempre a la misma velocidad ni siempre con idéntico caudal. Está hecha la vida de vertiginosos remolinos y de sosegados remansos. De ahí el título, tan apropiado, tan justo, de este libro.

Este río, o sea, este libro, atraviesa amenísimos parajes umbríos y desiertos de calcinante ironía; abraza al mismo tiempo la enormidad inaprehensible del cosmos y el universo diminuto que habita en una gota de agua; viaja de lo personal a lo colectivo, del decepcionante ser humano a la paciencia infinita de la naturaleza; explora geografías e itinerarios vitales diversos... Tan distintos son los lugares que atraviesa que parece increíble que sea un mismo río, a despecho de Heráclito, el que los abraza y los haga suyos. Pero sí, ya prefiera recrearse en la sinuosidad de sus meandros o dispararse con ímpetu de flecha, sentimos siempre que es una misma voz la que nos acompaña y nos guía en este viaje.

La voz poética tiene unas características muy definidas. Ante todo, la perplejidad por encontrarse en el mundo, de ser, como todo ser humano, un «lábil paréntesis» entre «dos lentes», entre lo incomprensiblemente grande y lo inalcanzablemente pequeño, entre el telescopio y el microscopio. Raíz de la poesía de Jorge Camacho (yo diría que de toda la poesía) es el asombro. En el caso de nuestro poeta, ese asombro se materializa, por un lado, en una mirada perspicaz hacia la naturaleza; por otro, en el destronamiento del *Homo sapiens* como supuesta especie elegida o ápice de la evolución. Una mirada exenta de prejuicios solo puede confirmar lo



insignificantes que somos y, al mismo tiempo, enjuiciar con dureza, y con amarga ironía, nuestro comportamiento.

Porque si la perplejidad, la capacidad inagotable para el asombro, es la primera característica esencial de la poesía de Jorge Camacho, la segunda es, sin duda, su lucidez crítica, que no se detiene únicamente en la dolorosa actualidad (aunque también), sino que advierte en nuestra especie una atávica, y acaso ineludible, predisposición a la violencia, que es, probablemente, lo que más nos distingue del resto de las especies que comparten el universo con nosotros.

No falta una sección dedicada a la reflexión sobre la poesía: llueven afiladas saetas sobre las camarillas literarias, sobre quienes hacen uso de trucos facilones para epatar al público, o sobre quienes se afilian apresuradamente a las modas. El haiku, por ejemplo: «Aquí en España / a cualquier chorradina / la llaman haiku».

Y, además de la perplejidad y de la crítica, percibimos en la voz poética, en el río que transita estas páginas, una tercera condición esencial: el tono reflexivo, tan aplicable a lo cotidiano como a lo metafísico. Muchos de los grandes poemas de este libro tienen que ver con la brevedad de nuestro paso por el mundo; muchos reformulan —verdades universales, a fin de cuentas— los tópicos clásicos.

Pero la diversidad no se restringe a lo temático: tiene que ver también, y mucho, con la forma. Camacho aúna tradición y experimentalidad. No son tan diferentes, después de todo: como se nos recuerda en el poema «El huevo», el caligrama, estandarte de la vanguardia, ya fue cultivado por Simias de Rodas hace veinticinco siglos...

La panoplia de formas que la tradición ofrece está en la poesía de Camacho al servicio siempre de la voluntad expresiva. Escribió Octavio Paz, y pocas veces ha sido la cita más oportuna, que «la forma que se ajusta al movimiento no es prisión sino piel del pensamiento». Para sus lúcidos pensamientos prefiere Camacho la rima asonante, más discreta, y que confiere sin embargo su inconfundible música al poema, a la consonante, más llamativa, pero con la que se corre el riesgo de opacar el contenido.

Remolinos y remansos no es solo una antología: es una invitación a un viaje. Leer este libro es dejarse llevar por un río que, sin importar cuánto se bifurque, siempre vuelve a ser el mismo: el de una conciencia despierta, un lenguaje preciso y una mirada que no se cansa de interrogar el mundo.

Cada poema tiene su música y su magia. Dejémonos llevar por el ritmo que el libro nos marca: a veces hallaremos remolinos, a veces remansos. El viaje, os lo aseguro, vale la pena.

César Rodríguez de Sepúlveda



Manual para sacar un conejo de la chistera

Juan Ramón Mansilla

Mahalta ediciones. Colección Adivinos.

Ciudad Real, 2025. 138 páginas.

Si un título (y una portada) es importante para hacer atractivo un libro a quien se acerca a él por primera vez, este lo es, sin duda. Y cumple mágicamente su función de querer tenerlo entre las manos y saciar la primera curiosidad de echarle un vistazo: si esto ocurre... ya estás perdido, porque querrás hacerlo tuyo inmediatamente, que es lo que le pasó a quien esto les escribe: Juan Ramón Mansilla ha completado con *Manual para sacar un conejo de la chistera* un libro espléndido, con atinado prólogo de Rafael Escobar.

La magia que promete el título, magia como expectativa de lo incierto, está presente en todo el libro y aparece ya desde el principio en el poema que, como un lacre, hace de prefacio, «Tono, vestimenta, calzado» (p. 13), que recoge toda una declaración de intenciones sobre la razón lírica del poemario, toda una puesta en escena en la que «El tono de un poema es un paisaje, una forma de volar», para avisarnos a continuación —y ahí está el vértigo de la magia—, que «Es caer en picado y entrar en un túnel / donde solo te guía / un punto de luz», prefacio que, como un círculo (¿mágico?), se completa con el poema que cierra el libro y que da título a la obra (p. 93): «La magia es caprichosa y no siempre acude a las llamadas.../... El fundamento de la magia consiste en dejar que la magia suceda».

Se estructura el libro en tres secciones, inicialmente desconectada, a mi parecer, la primera de las siguientes, pero que adquieren sentido de unidad en la compleción de su lectura: otro truco de magia. La primera es un continuo referirse al tiempo que fue, a la niñez, a su elementalidad, a la pureza y naturalidad de su asombro y el diagnóstico que en ella se hace de la vida que sucede. El tiempo pasado, muro de edificación, cimiento y sustrato desde el que alzarse, emoción hecha humo y recuerdo, con una gran presencia del *yo*, no como escenario nutricio de los poemas sino como actor y personaje en primera persona. La familia, los padres, la casa, asideros que entiban la permanencia del presente, aunque recurrir a la memoria tiene el riesgo de contender con una dama poco fiable y nada infalible —aunque sí lo sea para el poeta—, dado que los recuerdos son, más que un registro objetivo, una interpretación del que los vive: «nada es como ha sido contado», se dice en «Ante el extraño caso de los ríos voladores» (p.74), ya en la segunda parte, y en «Para qué sirve el frío» (p. 48), «Que la memoria es un pájaro / en la copa de un árbol en llamas», algo fugaz, pues, volátil, a punto de fenecer.

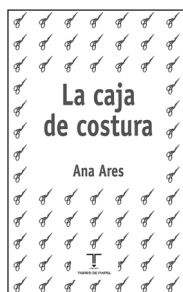


Mencionar expresamente, por su emoción, el poema inicial, «Vencejos», que va en sus tres partes desde la exaltación al canto elegíaco de la frustración, y que podría muy bien ser la coda y el resumen del libro: del tiempo límbico de la niñez a la realidad patéticamente actualizada por el paso de la edad, las expectativas —los sueños ¿incumplidos?— y el tiempo.

Tienen la segunda y tercera parte un aire menos intimista pero de intensa búsqueda, con escritura en momentos cercana al surrealismo y al fogonazo de la imagen potente, sobrevenida, impactante: «El poema solo puede hacerse de fragmentos», «Verano de 2024», (p. 84), con multitud de referencias culturales y artísticas y una extraordinaria capacidad de observación para destacar de lo mirado una cualidad, una circunstancia distinta de la que pudiera verse; con un lenguaje muy expresivo que abarca toda la obra, propio del dominio de un prestidigitador (seguimos hablando de magia), original, profundo y ambicioso en el más allá de su significado, que abarca y desciende desde la hermosura de lo minúsculo y lo doméstico hasta la opulencia de los grandes significantes, todo ello sin concesiones a la simplicidad y sin rechazar el reto de alcanzar la cima perseguida en un poema. No se recuesta ni huye, y alcanza el resultado del funambulista de hacernos creer que es realizable lo imposible, con el suspense del abismo y el arrobó del espectador —del lector— agarrado al pecho, tapándose la boca ante la expectativa de vernos caer con él. Son claves en este derrotero los tres versos que revelan, uno la esencia del libro: «La cuestión no es conocer sino reconocernos», «Baile de máscaras», (p. 49), y el proceso creativo: «Extraño modo de crear el mundo. / Asomarse a una ventana», «Doméstico», (p. 55), extrayendo de los hechos rutinarios y cotidianos de los que muchas veces bebe el poema como un tesoro, sin que importe al fin si se logra o no ese tesoro: importa solamente la aventura de su búsqueda persiguiendo, intentando la poesía.

En fin, que el «oficio» de poeta es extraño, y más de un poeta dado al sortilegio, porque se mezcla con la vida y la confunde, aunque para ser poeta no debes saber exactamente quién eres, sino hacer de la palabra consagrada en ti el instrumento, el recipiente y el vehículo donde agotar, soñar y explicar el mundo.

Alfredo Sánchez



Caja de costura

Ana Ares

Editorial Tigres de papel.

Madrid, 2024. 457 páginas.

Texto de la solapa: Mara Troublant.

Pocas veces el nombre de un libro es más pertinente o exacto. Y es que la caja de Ana se parece, en efecto, a las que recordamos de nuestras madres y abuelas. En esa estimulante variedad de temas y formas, a veces «puras» y otras «híbridas», pero siempre capaces de incentivar la avidez por revolverla con los dedos (y la mente y el corazón). Aunque no en su dispersión. Hay firmes hilvanes que permiten adivinar la solidez de la estructura. La pertinencia y unidad, al margen de que también funcionen como mecanismos de un engranaje mayor, de cada uno de los pequeños y maravillosos poemarios que la integran.

El origen y la identidad son las hebras temáticas predominantes en «Un espejo de aumento», la primera de sus partes. Recuerdo de cómo se fueron asentando, como un crecimiento espontáneo, los cimientos de su vida, tanto en la pasión verbal como en lo ético, hasta una autoafirmación que revela al que desconfía instintivamente de lo reglado, al que no se deja paralizar por la incertidumbre y rechaza la tentación del victimismo.

«Flores bordadas de algodón» da primacía a esa mirada creadora sobre el entorno natural. Se retrata su instinto de lograr una fusión panteística con la infinidad de formas de lo vivo y la multitud de transformaciones mágicas que hacen que sea imposible de conocer y perpetúan lo estimulante de su enigma. Mundo que, como nos recordaran quienes la conocían a la perfección como Delibes, es una inocencia de doble filo, a veces angélica y otras inhóspita y cruel.

«Corchetes plateados» nos lleva al tema de la conciencia de feminidad, al recuerdo de una niña diametralmente enfrentada a la hipocresía moral, predispuesta a definirse en lo instintivo, cercada por la represión del goce como herramienta aún más siniestra de sometimiento. En valiente reacción, lo subversivo es clave de aprendizaje y crecimiento y la identidad de la mujer como raíz genésica de lo vivo: un ámbito firme en que resistir que lleva a hermosísimos textos y, por supuesto, a la más noble sororidad.

«Una piedra de luna» quizá pueda calificarse como el «nocturno» del libro. Con toda la connotación de sugestión enigmática, libertad, sensualidad y aproximación a una vida auténtica desde lo clandestino de las sombras que nos sugiere el término desde como mínimo la época romántica. En contrapunto, atmósferas más de «novela



negra» que propiamente de lírica se suceden en ese catálogo de fascinaciones que es la noche para nuestra poeta, además de esa «bohemia canalla» que tanto nos fascinó en su poemario *City*.

«El hilo de hilvanar», a su vez, podría ser el «cancionero» amoroso de la caja. Y de Dante o Petrarca parece esa zozobra que suscita el amor que se imagina más que se vive. Se le canta como imperativo vital y no elección aunque desprendido de la carga trágica a que lo predispone el tópico del «fatum» y entenece esa visión que lo sugiere como un don que merecemos... precisamente por todos nuestros defectos.

«La cinta roja» parece atarse de manera natural con el previo «Corchetes plateados» al afrontar como tema preminente una vivencia de la maternidad que ahonda en la visión de lo femenino. El embarazo se cuenta con espíritu de «contrafacta» en que lo religioso se invierte a lo corporal. Abruma el nacimiento como un puñetazo en mitad del reino de la muerte, un prodigio obrado como venganza ante el vacío. Por ser un vínculo que trasciende lo físico, lo maternal se convierte en clave para la asimilación (incluso intelectual, no solo afectiva) del mundo. Las sensaciones placenteras de la maternidad culminada apuntan a la preservación de la propia infancia, a una serenidad que la convierte en tregua o remanso vital, a un redescubrimiento atrevido de la propia sensualidad.

«Un surtido de agujas» es quizá el sector del libro que apuesta más por la variedad temática que por la hilazón de la estructura en torno a un motivo central. En su estimulante (y vocacional) anarquía serán frecuentes los tonos cívicos y sociales a menudo en escenas de un dramatismo que sobrecoge, especialmente si atienden al tema del niño como víctima predilecta de cualquier abuso, una certeza que solo puede expresarse aflando hasta el límite la rabia. Hay reflexión metaliteraria en el recordatorio de que lo escrito deforma más que retrata de forma mimética. Y algunos textos son como una taxonomía científica (alternativa) de seres frágiles cuyo único hábitat posible es la soledad o el dolor.

En conclusión, un poemario intenso, infinitamente versátil a la vez en lo temático y lo estilístico. Lúcidamente paradójico en el hecho de que Ana alcance uno de sus mayores logros literarios, que bien podría ser un resumen antológico de las principales constantes de su trayectoria, a través de un dominio evidente de lo preciso y lo conciso. Prueba evidente de que para un verdadero poeta «reducir» las dimensiones del texto no tiene por qué equivaler a achicar (de hecho, aquí resultan agrandadas) las dimensiones de una visión del mundo o una sensibilidad.

Rafael Escobar



Mudanza

Inés Ramón

50 Premio Nacional de Poesía Antonio González de Lama.

Ediciones Eolas.

Ayuntamiento de León, 2024. 63 páginas.

Inés Ramón consiguió con este libro el premio Antonio González de Lama de poesía en 2024, ampliamente prestigiado por su solera de ya cinco décadas y la entidad creativa de sus ganadores, entre los que se cuentan algunos de los mejores líricos contemporáneos en castellano. Pero el premiado es sin duda el lector. De cualquier tierra pero especialmente de esta nuestra. Que también sabe del «éxodo y el llanto» (en palabras y obra referencial de León Felipe). Sabemos de esa amargura del desdibujarse de la propia memoria, de extraviarse por un camino tras otro reconociendo que lo provisional es para el hombre siempre una condición existencial pero, en circunstancias dramáticas puntuales, un sufrimiento que también hunde sus raíces en lo más siniestro de la civilización que hemos creado. En la conversión de ese relato triste en belleza que consigue Inés, nos conforta el consuelo que solo nos puede proporcionar el sabernos comprendidos.

Un conjunto de brillantes citas literarias sobre la sensación de desarraigo introducen las secciones del poemario (de autores de la talla de Samuel Beckett, María Zambrano o Luis Cernuda entre otros) y explican hasta qué punto es relevante el tema del exilio para Inés Ramón. Cómo se asienta no solo en su intimidad sino en la faceta más honda y de más urgente expresión de ese centro personal.

El exilio propende a la memoria, a una suerte de materia gris que busca como hábitat natural instantes que predisponen a la soledad o el recogimiento en la intimidad. Y a su expresión con escenas de intenso simbolismo: como ese árbol de Navidad que se desmonta como una clausura forzosa de la inocencia, paraíso ya sentenciado a ser irrecuperable, por quien ha sido envejecido súbitamente por la pena y hasta vaciado de la identidad que había habitado. Alcanza una brillante expresividad en el poema «Soy» la imagen de esa vida «líquida», que ha perdido su espesor, lo compacto de su materia para deshacerse en trazos dispersos.

La naturaleza se transmuta siniestramente, pasa de su condición de animal puro a la de alimaña en potencia que se oculta en todo lo vivo. Transmiten una enorme expresividad los objetos sobre los que se intentan palpar aún impresiones, pequeñas esquirlas sensoriales de la tierra o la vida que se abandonaron. En ocasiones, se llega a cantar su «insurrección», el revolverse con toda la fortaleza de su humildad contra esa tiranía de su sentencia al olvido.



Intimida a la poeta una sensación de inutilidad consecuencia de ese vaciado de la personalidad que le hace identificarse con todos esos objetos que tuvieron alguna función y hoy se aparecen como «bultos», materia informe como la que seremos al morir. La imagen del reloj en «Estancias nómadas» resulta particularmente significativa, por su alusión a ese tiempo abolido que ya sólo se podrá reemplazar por desazón y añoranza. Apunta la paradoja de lo que «pesa» lo vacío («Pesán los bultos con la gravidez de lo quebrado»), como si el pasado fuera un lastre muerto que ha dejado como rastro su materia pero no su significado.

Es más que interesante consignar la importancia que tiene en el poemario lo libresco, cómo se presta a una intensa evocación en el estupendo «Vida desnuda», añoranza de páginas que creaban una sensación de mundo completo que poseer y que empieza a desdibujarse con la brecha del exilio. Un coro de voces que al enmudecer amputan también la propia. Y aun así persiste, en cierta manera, el libro porque así lo hace también la palabra, sin caer en una extinción total, pues queda flotando sobre lo perdido como una pátina.

El lenguaje se amalgama, pierde las fronteras que definen sus variedades para convertirse en un código capaz de representar la confusión («Idiomas») e incluso la intención de caracterizarlo de manera objetiva y científica (la definición de Wikipedia que incluye el texto) parece una desconsolada ironía.

Finalmente, no existe exilio sin viaje. El tránsito del exiliado que recrudece su tristeza con el trauma de una provisionalidad perpetua. Que equivale al reto de intentar retener un montón de sensaciones dispersas, resistir entre un ir y venir entre cuya condición efímera todo se arruina. Impresiones sin hilván que les otorgue una coherencia, que se suceden con el anhelo de que puedan conformar algún hipotético hogar futuro (así el angustioso encadenamiento de interrogantes de un poema como «Errancia»).

Un hogar en presagio o al menos la recuperación de aquel que una vez pudo llamarse propio con toda la legitimidad del corazón. Ambos indistintos (o «anfíbios» como se les llama en «Viaje apócrifo»... porque están destinados a ser una patria fronteriza) porque han perdido su materialidad, su espacio concreto, para convertirse en una ensoñación imposible, casi una utopía. Y así la tristeza de ese deambular crea un envejecimiento prematuro que al menos tiene su contrapartida de luz en sentir más próxima la huella de los ausentes, de los afectos perdidos que ahora reconoce fundidos con los restos de su carne y su identidad.

Rafael Escobar

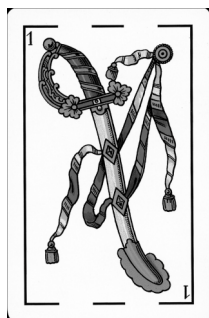


El n° 39 de la revista *calicanto*
se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2025
en los talleres de Safekat, S.L.

Se utilizaron para su elaboración:
Cartulina verjurada blanca de 280 gr/m² para la portada
y papel marfil offset natural 1.2 de 100 gr/m² para las páginas interiores.

Diseño de la revista:
Teo Serna

Imagen de portada:
Goyo Rodríguez
Logotipo del Grupo Azuer:
Manuel Fernández-Arroyo.





Con la colaboración de:



CONCEJALÍA DE CULTURA
Excmo. Ayuntamiento de Manzanares



calicanto